

El 24 de setiembre continuaron navegando hacia el Oeste. Una planga fué á posarse en las vergas. Viéronse muchos tableros.

El 25, mártes, continuaron con viento débil hácia el Oeste.

La *Pinta* se encontraba entónces tan cerca de la *Santa María*, que el comandante conferenció con Martín Alonso Pinzon acerca de un mapa que, tres días ántes, había enviado á este último á su carabela. Volvióselo á pedir, y Pinzon se lo echó desde su buque por medio de una cuerda. En aquel mapa estaban figuradas hipotéticamente algunas islas. Martín Alonso pensaba que se hallaban en aquellas aguas; Colon le decía que, á no dudar, arrastradas las carabelas al Nordeste por las corrientes, no habían caminado tanto como creían los pilotos. Esta conversacion en alta voz y la respuesta del jefe tenían quizas por objeto tranquilizar á los marineros, que ya se quejaban de la duracion del viaje.

A la puesta del sol, subiendo Martín Alonso Pinzon á la popa de la *Pinta*, se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Tierra! ¡tierra! Señor, yo soy el primero que la he visto; consignad mi derecho á la renta.» Al punto todos sus marineros prurupieron en gritos de alegría, miéntras que los de la *Niña*, aferrados en los obenques, subían unos tras otros á las gavias, y aseguraban también que en realidad era tierra lo que se veía. Al ruido de aquellas exclamaciones, enteramente conmovido el comandante, cayó de rodillas (1). Su gratitud se anticipó á su curiosidad. Dió gracias á Dios ántes de comprobar el descubrimiento que le parecía indefectible, y en su gratitud, entonó el *Gloria in excelsis Deo*. Por todas estas demostraciones creería él que era en efecto tierra lo que se veía confusamente á una distancia de veinticinco leguas. El día empero se encargó de disipar aquella ilusion. El Océano, en la soberanía de su soledad, desarrollaba en todos los puntos del horizonte sus aguas inconmensurables. El abatimiento fué tanto mayor cuanto más vivamente se había excitado la esperanza.

El 26, miércoles, continuóse al Oeste hasta el mediodía, y despues se tomó la direccion al Sudoeste. El mar estaba tranquilo, el viento suave y fresco; no obstante se caminaron treinta leguas.

El día siguiente aflojó el viento. Viéronse muchos dorados y un rabo de pico.

El 28 reinó calma; la yerba reapareció en corta cantidad. Las tres carabelas cogieron muchos dorados.

El día siguiente, como la tripulacion se hallaba todavía muy dispuesta á inquietarse por la duracion del camino, vinieron á reanimarla signos frecuentes

(1) Las Casas, *Diario de Colon*, mártes 25 setiembre 1492.

de la proximidad de la tierra. El aire era dulce y embalsamado, el Océano abundaba en yerbas marinas. Por tres distintas veces se vieron aparecer en el aire tres pelicanos seguidos de una fragata.

El domingo, 30 de setiembre, reinó calma; durante el día y la noche sólo se adelantaron catorce leguas. Multiplicábanse los indicios de la proximidad de tierras.

El tiempo, entre tanto, cambió un poco. La escuadrilla sufrió un fuerte chubasco, pero el viento continuaba siempre favorable y moderado. Esta constancia de rumbo se hacia insoportable á la tripulacion. Excepto Colon, toda su gente, incluso los mismos oficiales, se espantaban de la distancia que ya llevaban recorrida.

El primero de octubre, al asomar el día, el teniente de servicio declaró con acento de terror que no pudo dominar, que en aquel momento llevaban ya andadas quinientas setenta y ocho leguas al Oeste desde la isla de Hierro. Esta cifra acabó de abatir los ánimos, y no obstante era inferior á la verdadera. La cuenta secreta, llevada por Colon, daba ya setecientas siete leguas. El hombre de la Providencia se esforzaba en reanimar á los marineros, estimular á los pilotos, y no ocultaba su íntima satisfaccion por el auxilio que los vientos y el mar daban á su empresa.

El viento, siempre propicio, les empujaba en un mar tranquilo y sereno. Dando Cristóbal Colon gracias al Señor por su bondad no podía prescindir de estampar en su diario estas palabras: «El mar es siempre bueno. ¡Gracias infinitas sean dadas á Dios (1)!» La escuadrilla continuaba su rumbo, y se multiplicaban los indicios de tierra. Los pilotos querían bordear, ir en busca de islas que creían deber hallarse en aquellas aguas. Seguro empero el comandante de su existencia, negóse absolutamente á variar de rumbo. Quería seguir directamente hacia las Indias. «Perder el tiempo en el camino, dijo, hubiera sido falta de prudencia y de razon.» Los murmullos tomaron entónces carácter de odio.

§ VI.

Engañada ya tantas veces la tripulacion por las señales que parecían anunciar la tierra, no daba ahora ningun crédito á engañosas apariencias. La taciturnidad en que quedaba sumida era indicio del último desaliento. Los marineros se reunieron primeramente en el entrepuente de proa por grupos de tres ó cuatro, sin

(1) «La mar llana y buena siempre á Dios muchas gracias sean dadas.»—Mártres, 2 de octubre.

conocimiento de los oficiales, para consolarse y aligerar su espanto, confiándose mutuamente, pero no hacían más que aumentarlo y exasperarse comunicándose sus alarmas. Estas reuniones se hicieron cada día más frecuentes y numerosas. Como el descontento era general, no se tomaron ya la molestia de ocultarlo. Excitábanse casi descaradamente á la insubordinación y resistencia. En su cualidad de españoles detestaban naturalmente al extranjero que, decían, había resuelto arriesgar sus vidas con la propia, á trueque de crearse una gran posición á expensas de ellos. Designábanle entre sí con los apodos de genoves, chulo y *embustero* (1), á fin de poder hablar de él hasta en su presencia con palabras de doble sentido. Así es como suelen comenzarse las sublevaciones á bordo. Los marineros curtidos ya en la navegación tildaban de amor propio la tenacidad del comandante en internarse hacia el Oeste que no tenía fin. Recordaban los tristes presentimientos de sus familias, el espanto de todo el pueblo de Palos, la oposición hecha al proyecto del genoves por los cosmógrafos de Salamanca. Se arrepentían de la confianza que habían depositado en el Guardian de la Rábida que había sido juguete de aquel intrigante charlatan. Todos estaban conformes en reconocer que iban á perderse indefectiblemente, si prolongaban más su navegación.

Habíase representado ya al comandante (así discurrían) la imprudencia de su tenacidad; pero no había hecho ningún caso de tan prudentes razones. Súplicas y observaciones no habían hecho ninguna mella en la diabólica terquedad de su carácter. Oía sus quejas, veía su tristeza, su inquietud; pero no dejaba por esto de empujarles á una muerte lamentable.

¿No era ya hora de reunir sus fuerzas para evitar el peligro que todos conocían? Quizas habían probado ya demasiado su obediencia y valentía, penetrando hasta aquellas aguas que nadie había visto antes que ellos. ¿Estaban acaso obligados á trabajar con ciega obediencia en su propia ruína? Ya que el comandante con su indomable tenacidad no tenía ninguna consideración á sus quejas, ya que nada podía doblegar su obstinado carácter, debían por fin, cediendo á la necesidad, cuidar ellos mismos de su propia conservación y obligarle á participar de la salvación común que él tan malvadamente desatendía.

¿Era justo, por ventura, que murieran ciento veinte hombres, castellanos la mayor parte y cristianos viejos por más señas, por el capricho de uno solo, y este extranjero, genoves? Ya no cabía más deliberación, era preciso hacerle entender la necesidad de volver á Europa, y si se negaba á ello, precipitarle en el mar que tanto se complacía en contemplar. En esto estribaba toda provechosa resolución y este era el único medio de evitar un desastre. Impuesto por la salvación común

(1) «Dandogli del Genovese, *truffatore*, e BEFFATORE e che non sapeva dov' egli volesse arrivare.»—Giórolamo Benzoni, *la Historia del Mondo Nuovo*, lib. I, fogl. xiv. Venezia, 1572.

aquel extremado rigor no pesaría sobre la conciencia de ninguno de ellos. No era un crimen, sino una medida de «prudencia,» un sacrificio en aras de la necesidad. Se le podía pues echar «prudentemente (1) al mar.» Fácil sería, al regreso, hacer correr la voz de que se había caído de noche, por casualidad, mientras observaba los astros. De seguro que nadie pensaría en indagar el hecho. Bien sabían que en la noble Castilla no se tomaban gran interés que digamos por aquel genoves.

Acórdose pues que de noche se le arrojaría al agua en un momento dado que se había de fijar más tarde; al efecto hubo secreto acuerdo entre las tres tripulaciones. Tenemos la prueba de que durante aquella navegación las necesidades del servicio pusieron varias veces en contacto á los marineros de las tres carabelas (2).

Esta conspiración prontamente urdida, bajo el patrocinio de la ignorancia auxiliada por el miedo, se propagó de proa á popa en los tres buques. Todos fueron cómplices de ella, cuando no tenía todavía ningún jefe. Los pilotos pensaban por lo bajo lo que decían muy alto los maestros y grumetes.

Los capitanes de la *Pinta* y de la *Niña* no ignoraban lo que se tramaba contra el comandante; pero por una parte, más instruidos y acostumbrados al mar que el resto de los marinos, no participaban de sus terrores; y por otra parte conocían que eran de hecho los dueños de la situación; porque, excepto algunos oficiales de la *Santa María*, estaban á favor suyo las tres tripulaciones compuestas de compatriotas suyos. Absténianse de toda manifestación; mas sin alentarlos manifestamente, se guardaban muy mucho de evitar los comentarios que se hacían en la proa. Varias veces en sus relaciones con el comandante, los tres hermanos Pinzon, el mayor sobre todo, le habían hecho sentir cruelmente su aislamiento y la gravedad de su situación, con la altanería de sus ademanes y la rudeza de su conducta.

El viernes, 5 de octubre, estando el mar tranquilo, llena de suavidad la atmósfera, el viento siempre bueno, se hicieron evidentes las señales de la proximidad de la tierra. Colon, en su amoroso reconocimiento, exclama también: «Gracias sean dadas á Dios (3).» Agitábanse en el aire muchísimas aves, y rozaban los buques gran cantidad de peces voladores, muchos de los cuales cayeron en la cubierta de la *Santa María*.

La navegación continuaba siendo fácil. Las tres embarcaciones corrían con emulación. La *Niña* que tenía la mejor cuarta de la aguja, precedía á las otras carabelas.

El domingo, 7 de octubre, al salir el sol, un cañonazo salido de aquel buque

(1) «Potrebbero ACCORTAMENTE gittarlo in mare, e publicar poi, che volendo egli riguardar le stelle e i segni vi era caduto inavvertitamente.»—Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. xix.

(2) Especialmente el 25 y el 28 de setiembre.

(3) «A Dios muchas gracias sean dadas.»—Viernes, 5 de octubre.

anuncia la tierra, y en uno de sus mástiles se iza un pabellon. El corazón de los marinos se llenó de esperanza; mas llegó la noche sin haberse descubierto nada. Sin embargo, muchísimas aves se dirigían del Norte al Sudoeste. Colon sabía que los portugueses habían descubierto varias islas siguiendo su vuelo; determinóse á cambiar de rumbo y dirigirse al Oes-sudoeste. Este cambio se hizo hacia el anochecer.

El día siguiente continuaron su ruta con viento excelente; el mar estaba tranquilo como el Guadalquivir en Sevilla; un olor balsámico llegaba á los buques en alas de las suaves brisas, lo ameno de la temperatura recordaba el clima de Andalucía en la primavera. El comandante daba gracias al Señor (1).

El viento cambió algo el día siguiente, y fué preciso mudar varias veces de rumbo. Durante toda la noche se oyó el vuelo de las aves que pasaban.

El miércoles, 10 de octubre, al asomar el día, la cuarta de la aguja se puso perfectamente. La escuadrilla andaba diez millas por hora, é hizo cincuenta y nueve leguas durante el día y la noche; pero esta rapidez tan afortunada sirvió solamente para alarmar y llenar de inquietud á la tripulación. No viendo el término de su navegación, á pesar de la constancia de los vientos favorables, gritaron en voz alta que se les conducía á su propia ruina. Estalló la insubordinación animada por el espanto, negáronse á continuar y se declararon en plena rebelión.

Aquí se vió el comandante en el mayor peligro que corrió jamás en su buque jefe alguno de escuadra.

Varios escritores han repetido que amenazado Colon en aquel momento por su tripulación, se había visto obligado á prometerle que retrocederían, si dentro de tres días no habían descubierto tierra; pero debemos asegurar que estas afirmaciones carecen completamente de fundamento.

El laconismo harto modesto de Colon en lo tocante á su persona, la superioridad de sus aspiraciones, su desprecio por las ofensas, su compasión por la debilidad humana, le hicieron omitir toda relación circunstanciada acerca de esta sublevación. Este grande hombre cuya exacta minuciosidad le llevaba al extremo de registrar en su diario los menores acontecimientos de á bordo, hasta consignar la herida de un tablero de una pedrada por un grumete, en las vergas de la *Santa Maria* (2), no se dignó hacer mención de las amenazas, de la ira, ni las espadas levantadas contra su vida. Apenas indica incidentalmente las intimaciones de los amotinados; y se ha sabido la rebelión por los mismos revoltosos.

(1) «Gracias á Dios, dice el Almirante: los aires muy dulces como en abril á Sevilla, qué placer estar á ellos, tan olorosos son.»—Lunes, 8 de octubre.

(2) Diario de Colon.—Juéves, 4 octubre 1492.

Es indudable que hubo atentado contra la autoridad y la vida de Colon; pero no parece creíble que el comandante, transigiendo con las tripulaciones, les suplicara que navegasen todavía por espacio de tres días. En primer lugar es imposible semejante hecho para quien haya estudiado el carácter de Colon; además, no existe ninguna prueba de esa supuesta transacción entre el comandante y las tripulaciones rebeldes. No la refieren, ni el hijo de Colon, ni Las Casas, ni Pedro Mártir, ni el párroco de los Palacios, ni Ramusio, ni ninguno de los historiadores contemporáneos. Sólo Oviedo habla de la seguridad dada por Colon de que ántes de tres días habría descubierto tierra; pero este hecho no está presentado con el carácter decisivo de una capitulación. Aunque Oviedo haya sido harto á menudo el eco de los detractores de Colon, es el primero que duda de la certeza de este dato, conociendo la firmeza de aquel hombre inquebrantable y convencido de las maravillas obradas á su favor por la Providencia. Sus palabras lo indican muy claramente (1).

No hubo ni podía haber ninguna transacción entre Cristóbal Colon y las tripulaciones rebeldes, como tampoco la hay entre el espíritu de Dios y el espíritu del mundo. No obstante, la rebelión había sido tan agresiva y violenta, como podía serlo. Según confesión de Oviedo, «los tres capitanes y todos los marineros estaban resueltos á volverse, y conspiraron otra vez para arrojar á Colon al mar, juzgando que les había engañado.» Estas sencillas palabras, que implican ya la complicidad de los tres hermanos Pinzon, demuestran que aquella rebelión no era el efecto de un movimiento espontáneo é impensado.

Hé aquí cómo sucedió.

Martin Alonso Pinzon, sostenido hasta entónces por el recuerdo de su viaje á Roma y por el alto concepto que tenía formado del genio de Colon, se dejó inficionar á su vez por el terror de lo inconmensurable. La esperanza se desvaneció; cesó de combatir los consejos del miedo, y se unió á los rebeldes con sus dos hermanos.

Entrada la noche, cuando, según las órdenes del comandante, debían encontrarse cerca las tres carabelas (2), se juntaron la *Pinta* y la *Niña* á la *Santa Maria*, arrimándosele á sus costados por babor y estribor. Auxiliados por la tripulación rebelde, y seguidos los hermanos Pinzon de su gente armada, se arrojaron al puente del buque almirante, y con la ira en el corazón y la espada en la mano le intimaron que acto continuo mandara virar hacia Castilla. Su propia tripulación, sus

(1) Escogemos para este pasaje la cándida traducción de Juan Poleur, ayuda de cámara de Francisco I.—«Y podría ser muy bien que viendo Colon á todos los que iban con él resueltos á volverse, les hubiese dicho que si en tres días no veían tierra, se volvieran, estando seguro de que Dios se la mostraría en el plazo que él les daba.»—Oviedo y Valdez, *Historia natural y general de las Indias*, etc., lib. II, cap. v, fól. xiv.

(2) Las Casas, *Diario de Colon*, 7 octubre 1492.